



diligencia de los nuestros era perdido y sin efecto, y las máquinas las hacían pedazos con piedras que de los muros arrojaban; especial, que el lugar no era á propósito para poder cómodamente arrimar las máquinas á la muralla, y ni los soldados podían tenerse en pié por la aspereza del lugar, ni ménos sin gran peligro podían andar ni estar en los ingenios.

En el Estrecho de Gibraltar hay dos senos en el tamaño desiguales, pero de una misma forma; Tarifa está puesta sobre el menor, y un poco apartada estaba Algecira, asentada sobre el mayor en un cerro de subida agria y pedregosa; y dejado en medio un espacio, dividíase en dos partes, en la vieja y en la nueva; cada cual tenía sus muros enteros y barbacana, como si fueran dos pueblos; era esta ciudad en España la silla del imperio africano, nobilísima y hermosísima. La grande diligencia del rey y la guarda de los soldados hacia que no entraban á los cercados bastimentos, excepto algunos pocos que, sin verlos, cubiertos con la oscuridad de la noche, les metían en algunas barcas; muy pequeño refrigerio para los que ya padecían hambre y necesidad.

Gastados muchos días y trabajos en el cerco, no se hacía cosa de importancia. Los nuestros se hallaban dudosos y suspensos, pensaban de día y de noche cuál de dos cosas sería la mejor, si levantar el cerco porque era sin algun provecho el proseguirle y continuar, si esperar el fin de la guerra que en lo demás les era favorable. El rey se recelaba de perder algo de su honra y reputacion, principalmente que ya tenía consumido el dinero que le prestaron el papa y el rey de Francia (que el de Portugal ninguna cosa contribuyó), y tenía falta en bastimentos, y el número de los soldados cada día era menor: los más sagaces le aconsejaban que hiciese algun buen concierto con el enemigo. Siendo medianero, y llevando recaudos de una parte á otra Ruy Pavon, primero se trató de paz, y despues de que se hicieron treguas; pero todos estos tratados salieron vanos por estar puesto el rey de Castilla en no hacer acuerdo ninguno con el rey de Granada si primero no dejaba la amistad de África, la cual quitada, ¿qué le quedaba al que se susten-

taba y entretenía más con las fuerzas ajenas que con las suyas propias?

El rey de Granada, perdida ya la esperanza de concertarse con el rey, acercó sus reales al río Guadiarro á cinco leguas de Algecira, con que ántes daba á entender el miedo que tenía, que no que pensase que venía con ánimo de presentar la batalla. En el puerto de Ceuta tenían aprestada una gruesa armada, allegada de las fuerzas de toda la África, para luégo que diese lugar el tiempo pasar en España. Venían éstos de refresco y descansados: los cristianos se hallaban quebrantados con los continuos trabajos y incomodidades. Las cosas de España que corrian gran riesgo, los santos patronos della las ampararon, y la perpétua felicidad y constancia grande con que el rey vencía todos los males y dificultades que ocurrían. Así en unos mismos días le vino un buen número de gente de socorro de Inglaterra, de Francia y de Navarra, lugares muy apartados los unos de los otros: acudieron muchos señores y nobles á ayudarle. De Inglaterra, con licencia del rey Eduardo los condes de Arbid y de Soluzber; de Francia el conde de Fox con su hermano D. Bernardo y otros que se les juntaron. El papa Clemente VI lemovicense, que el año ántes fué electo en lugar de Benedicto, tenía concedida cruzada á los que se hallasen en esta santa guerra. El rey D. Felipe de Navarra, en el mes de Julio, enviados delante muchos mantenimientos por mar, y dejando mandado le siguiese su ejército por tierra, vino con gran priesa por no dejarse de hallar en la batalla, que corria fama sería muy presto.

El rey, como era razon, recibió muy gran contento con la venida destes príncipes, y á los nuestros, con la cierta esperanza de la victoria, les creció el ánimo y el aliento para pelear. Vinieron ántes D. Juan Nuñez de Lara y D. Juan Manuel, y cada día concurrían nuevas compañías de todo el reino. Los moros, como vieron tan reforzado el ejército del rey, rehusaban dar la batalla. Afrentábalos Albohacen por ello, enviábales á preguntar la causa de su miedo. Respondieron que en la batalla pasada experimentaron harto á su costa cuán grande fuese el esfuerzo y constancia de los cristianos,



y que ahora tenían mayores fuerzas por tener mayor número de soldados que entónces tenían; que de léjos no se podía dar consejo conveniente al tiempo y ocasiones que ocurrían; si tuviese por bien de pasar el Estrecho, que ellos en ninguna cosa contradirían á su voluntad: que conservar su ejército en tiempo tan peligroso y aciago les era mucho más honra que pelear temerariamente con el enemigo más poderoso y más bien afortunado.

En el entrtaento no dejaban los moros de pedir treguas con muchas embajadas. Quisieron los embajadores ver los reales; otorgó el rey con su deseo. Púsoles en admiracion el concierto y buena disposicion de los pabellones, los soldados repartidos por sus cuarteles, las calles de oficiales, las plazas, como en una ciudad, llenas de provision: parecían todo tan bien, que confesaron que los nuestros les hacían grande ventaja en la disciplina militar y policía, y que ellos en su comparacion sabían poco de aquel menester. Por el tratado de las treguas no se dejaba de combatir la ciudad con muchas armas y piedras que le arrojaban con los tiros: de la ciudad hacían otro tanto, en especial tiraban muchas balas de hierro con tiros de pólvora, que con grande estampido y no poco daño de los contrarios las lanzaban en los reales. Esta es la primera vez que de este género de tiros de pólvora hallo hecha mencion en las historias.

En el mes de Agosto, en Cervera, en el condado de Urgel, nació un niño con dos cabezas y cuatro piernas. Creyeron aquellos hombres, con supersticioso y vano pensamiento, que el tal era prodigio que pronosticaba algun mal; por tanto, para evitarle con su muerte, le enterraron vivo. Sus padres, conforme á las leyes, fueron castigados como parricidas por ejecutarse esta crueldad con su consentimiento. Este mismo año murió el rey Roberto en Nápoles, más famoso por la afición y estudio de las letras, que señalado por el ejercicio de las armas. Deste rey fué aquel dicho: Más quiero las letras que el reino. Volvamos á las cosas de Algecira. Los soldados extranjeros, en quien los primeros ímpetus son muy fervorosos y con la tardanza se resirían, se fueron de los reales

luégo que vino el otoño, los de Inglaterra llamados de su rey (así quisieron se entendiese), y el conde de Fox, que dió asimismo para irse por excusa el poco sueldo que á sus soldados se daba. Esto se decia: yo sospecho que les hizo volver á su tierra llevar mal los calores que en tiempo del estío hace en el Andalucía, y el estar quebrantados con las enfermedades y trabajos de la guerra. Aprueba nuestra conjetura lo que despues sucedió, que el conde de Fox á la vuelta murió en Sevilla, y el rey Philipo de Navarra, habida licencia del rey, murió en Jerez. Sucdieron ambas muertes en el mes de Setiembre; sus cuerpos fueron llevados á sus tierras. Con la ida destes príncipes cobraron avilanteza los enemigos, y mudado parecer, se determinaron de dar la batalla. Sesenta galeras de los moros, que en el mes de Octubre surgieron en Estepona, luégo se pasaron á Gibraltar. Corria el río Palmones entre los dos campos, y como dos y tres veces en diferentes días llegasen á encontrarse en el río, finalmente al pasarle se vino á la batalla, en que los moros mostraron no ser iguales con gran parte á los españoles, ni en fuerzas, ni en esfuerzo, ni en disciplina militar: así fueron en poco tiempo vencidos y puestos en huida. En la ciudad se padecía extrema necesidad de mantenimientos, á causa que en nuestra armada en dos veces les tomó dos galeras cargadas de bastimentos. Entraron cinco barcas en el principio del año de mil y trescientos cuarenta y cuatro, y vueltos estos bajeles á África, dieron aviso que los cercados no se podían ya sustentar más tiempo, ca estaban puestos en tan grande aprieto, que les era fuerza perecer todos ó entregar la ciudad. Con esto los moros luégo movieron plática y trataron de concertarse.

En veintiseis de Marzo se entregó la ciudad con estos partidos: Que el rey de Granada, como feudatario del rey de Castilla, pechase las párias que cada año le solía dar ántes que se rompiese la guerra; que todos los cercados quedasen libres, y pudiesen irse con sus haciendas adonde quisiesen; concertáronse otrosi treguas con los reyes moros por espacio y tiempo de diez años. Hechos los conciertos, muchos moros se pasaron á África. El rey de Castilla entró en



la ciudad con una solemne procesion en veintisiete de Marzo, y el siguiente dia se bendijo la iglesia mayor, y se le puso por nombre Santa Maria de la Palma, por ser Domingo de Ramos ó de las Palmas, y se celebraron en él los divinos oficios con gran solemnidad y regocijo. Los campos se repartieron á los soldados, que á porfia pasaban sus casas y menaje á la ciudad, y se querian allí avecindar por la fertilidad y frescura de aquellas vegas y campos.

Puestas en órden las cosas de Algecira, el rey se partió para Sevilla. Allí le vino la embajada de Eduardo, rey de Inglaterra, para pedir al rey D. Alonso que su hijo legítimo D. Pedro casase con su hija Juana. D. Alonso por entónces vino en ello, mas adelante no tuvieron efecto estos desposorios. Las voluntades de los príncipes son variables, y sin tener cuenta á las veces con su palabra, conforme á las cosas y á las comodidades se mudan. En la bata-

lla pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen; éstas, por tenerle grato, se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del rey, ántes le envió luégo desde África sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría, por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de África quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías: todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos, no dejaban ningun género de alegría, ni de religiosa demostracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

La pasada de Tarifa cautivaron los nuestros dos hijas de Albohacen: estas, por tenerle grato, se le enviaron sin rescate. No quiso el bárbaro dejarse vencer de la liberalidad y cortesía del rey, ántes le envió luégo desde África sus embajadores con muy ricos presentes. La fama desta victoria hinchó á toda España y á todos los cristianos de Europa de alegría, por quedar acabada la guerra de los moros, dos poderosos reyes vencidos, las fuerzas de África quebrantadas. Hiciéronse grandes fiestas y alegrías: todo género de gentes, niños, viejos, religiosos, de todos estados y edades visitaban los templos, daban gracias á Dios, cumplian sus votos, no dejaban ningun género de alegría, ni de religiosa demostracion de agradecimiento, con que publicaban el contento y regocijo singular que tenian concebido dentro de sus pechos.

CAPÍTULO XXI.

El rey de Mallorca es despojado de su reino por D. Pedro, rey de Aragon.—El rey de Francia se apodera de algunos pueblos del señorío de Montpellier.—El rey de Mallorca se prepara para la guerra, y pide socorro al de Aragon.—Mas éste trata con astucia de despojarle del reino, y le acusa de varios crímenes.—El rey de Aragon acomete la isla con una armada poderosa, y se apodera de ella.—Se apodera por fuerza de Vizcaya y de los estados de los Lara.—Nace en Aragon el infante D. Juan, y cesan todas las discordias sobre la sucesión al trono.—Se le da el título de duque de Girona, que desde este tiempo llevaron siempre los primogénitos de la casa real.—Los reyes de Aragon y Castilla quieren ganar la amistad de D. Carlos, rey de Navarra.—D. Pedro junta Córtes en Valladolid.

Durante el tiempo que las cosas sobredichas pasaban en el Andalucía se revolvieron las armas de Aragon. Lo que resultó fué que el rey de Mallorca quedó despojado de su reino paterno: grande desafuero del rey de Aragon D. Pedro el Ceremonioso, que era el que tenía más obligacion á le defender y amparar. La insaciable y rabiosa sed de enseñorear le cegó y endureció su corazon para que los trabajos y desastres de un rey, su pariente, no le enterreciesen, ni considerase lo mal que parecia un hecho tan feo delante los ojos de Dios y de los hombres. Montpellier es una noble y rica ciudad de la Gallia Narbonense, que en otro tiempo solia estar sujeta á los obispos de Magalona, por cuya permission ó disimulacion tuvo esta ciudad señores particulares que eran feudatarios destos prelados. Recayó este señorío primero en los aragoneses, y despues en los reyes de Mallorca, como y en la forma que arriba se mostró.

Destá manera, poco á poco fué en disminucion la autoridad y señorío de los obispos de Magalona, ca prevalece más la fuerza y anto-

jo de los reyes, que no la razon y la justicia. Como no pudiesen ellos recobrar su antigua autoridad y señorío, hicieron lo que pudieron, que fué vender (como vendieron más de cincuenta años ántes deste tiempo) este derecho por cierto precio y cantidad á los reyes de Francia. Con dolor desta compra, los franceses no desistian de requerir á los reyes de Mallorca que les hiciesen el juramento y homenaje que estaban obligados como sus feudatarios, y que á los vecinos de Montpellier se les permitiese apelar para París. Rehusaban hacerlo los de Mallorca: decian que el derecho de los señoríos no pendia de unos pergaminos viejos, sino de la moderna costumbre usada y guardada, y que pues los reyes de Francia no tenían más derecho que los obispos de Magalona, no debian, ni se les pudo dar mayor ni mejor accion de aquella que poseian los mismos prelados. Vinose á las armas, y por fuerza los franceses tomaron muchos pueblos de la jurisdiccion y señorío de Montpellier, y pusieron en ellos sus presidios.

Apercibiase el rey de Mallorca para la guerra: pidió al rey de Aragon que aquello que po-